

El circo de Ratzinger

La llamada Jornada Mundial de la Juventud ha transcurrido, poco más o menos, como era de esperar. La asistencia a la misma es cifrada, por los organizadores, en millón y medio de personas, cifras que no han podido ser contrastadas ya que la empresa Lynce, dedicada a la evaluación de asistencia a manifestaciones y eventos multitudinarios, no pudo realizar su labor al serle denegada la autorización para ello, alegando motivos de seguridad.

Difícil resulta la evaluación a posteriori y en base a las fotografías que circulan por Internet, dada la poca resolución de las mismas, lo que impide confirmar o desmentir de forma taxativa la cifra facilitada por la organización, al ser muy dudosa la densidad de asistentes, aunque es una cifra posible.

Y no debería extrañarnos al ser una convocatoria mundial. Después de todo esta cifra solo representa un 0,021% de la población mundial y un 0,127% de los católicos. Así pues, tampoco es para echar las campanas al vuelo. De hecho la cifra facilitada ya fue superada en convocatorias anteriores: Colonia (2.500.000), Roma (3.000.000), Manila (5.000.000).



Pero más allá de la participación más o menos masiva en este acto (en realidad la definición del mismo, Jornada Mundial de la Juventud, es ya errónea, ya que debería ser jornadas puesto que su duración es de casi una semana, más si tenemos en cuenta el acto final de los miembros de más sectarios de la juventud católica, las comunidades neocatecumenales de Kiko Arguelles) son

varios los aspectos que merecen crítica. Y el más importante es la subordinación de la sociedad civil (y militar) a un acto de carácter privado. Sí, porque, cuente con la participación que cuente, un acto religioso es la expresión de una creencia particular que no debe ser impuesta al conjunto de la sociedad, si de sociedades democráticas estamos hablando (Las teocracias son otra historia, y por descontado en ellas la democracia brilla por su ausencia)

Que una gran ciudad como Madrid quede paralizada durante una semana por los actos de dicha jornada es simplemente un insulto a la ciudadanía. Que los ciudadanos tengan que asumir una parte de los costes de esos "festejos", es un robo.

Las afirmaciones de que la JMJ se autofinancia son simplemente inverosímiles. Y lo son porque en el mejor de los casos, muchos de los servicios y usos de bienes públicos utilizados implican costes que los organizadores no asumen. Un simple ejemplo: los 127.100 kilos de basura acumulada en el acto final de Cuatro Vientos, cuya retirada requerirá varios días, ¿Serán acaso sus coste soportados por la Iglesia Católica? Mucho me temo que no.

De la misma forma, las bonificaciones fiscales de la que son beneficiarias las empresas participantes en la JMJ, representan un coste añadido a las cuentas de estado, cuentas que debe soportar la ciudadanía. Resulta insultante que, cuando los políticos nos insisten en la "necesidad" de reducir el gasto público, siempre a costa del ciudadano, para recuperar el dinero malgastado en mantener los beneficios de la banca, se den bonificaciones fiscales a quienes son los responsables directos de la crisis.

De hecho, la subordinación que denota la actuación de las autoridades ante el Papa y la Iglesia Católica pone en cuestión la propia estructura política del estado. Que los actos de la JMJ se iniciaran con una misa castrense, con la participación de la Hermandad Castrense de Nuestra Señora del Rocío, resulta, cuando menos, anacrónico. Es totalmente absurdo que en pleno siglo XXI la estructura militar del estado mantenga vinculaciones con cualquier creencia religiosa. Es absurdo y contradictorio en un estado supuestamente democrático.

De la misma forma es totalmente impropio la asistencia de políticos a los actos religiosos. No solo los de la comentada JMJ, sino cualquiera que se realice a lo largo del año. No niego su derecho a participar en los mismos como simple ciudadano, pero nunca como representante político.

Estamos ante un hecho curioso y lamentable. El Papa es el líder de la creencia católica, pero también es el jefe de estado de un país extranjero, el Vaticano. Un país no democrático, sino teocrático. Lo cual nos lleva a la situación paradójica de que nuestras autoridades civiles y militares, si le rinden sumisión, pueden llegar cometer delito de traición, al supeditar sus acciones, en el ámbito público, a los intereses de un país extranjero.

Así pues las declaraciones de políticos de muy diverso signo, lejos de ser críticas con fundamento, demuestran hasta que punto existe esa clara e injustificable subordinación del poder público a la Iglesia Católica. Si Ana Botella afirma que la manifestación laica "*son ganas de provocar*", lo cierto es que la jerarquía católica, empezando por el propio Papa y siguiendo por la Conferencia Episcopal Española, mantienen una permanente actitud de provocación y falta total de respeto a quienes no comparten su credo. La señora Botella, por muy católica que ella pueda ser, debería ser consciente que sus cargos públicos la obligan a mostrar un absoluto respeto a quienes no comparten su fanatismo, aunque pedir muestras de respeto a la señora Botella es en realidad pedir peras al olmo.

Pero no se quedan atrás los representantes del PSOE. Si no pueden sorprendernos las manifestaciones del Sr. Bono, un auténtico meapilas, al calificar a Ratzinger como "*uno de los líderes morales más importantes del planeta*", sí resultan curiosas las afirmaciones del Sr. Blanco en defensa del Papa y de los actos de las JMJ.

Y aunque sea anecdótico, no deje de ser repulsivo que quienes no se cansan de hablar de la "pobreza" de la Iglesia se llenen la barriga con un menú que incluye tostas de foie, una tabla de ibéricos, una tabla de quesos (todo ello acompañado con panes Brezel, pan negro, pan de nueces y pan de chapata), cucharitas de corazón de alcachofa con una salsa holandesa, salmorejo con huevo de codorniz cocido y jamón ibérico, solomillo con salsa al vino tinto, helado de limón con gelatina de gin tonic y salsa de bayas de enebro, rosquillas madrileñas, pestiños o tejas, así como chocolatinas con el logotipo de la JMJ acompañadas de cerezas bañadas en chocolate. Ante semejante menú, uno esta por exclamar ¡Viva la pobreza!

Pero más allá de todo lo comentado, lo más preocupante es el evidente fanatismo y total falta de sentido crítico de los participantes en la JMJ. Y es preocupante porque es un indicador de que una parte importante de la juventud, y por consiguiente de nuestra sociedad, sigue siendo totalmente manipulable por la mentira de la religión, un verdadero cáncer muy lejos de ser extirpado.